

al traste con todo lo conseguido. La única garantía posible es gobernar de la mejor manera posible, entendiendo que construir un país es estructurar el país, y estructurarlo se parece mucho al diseño de un edificio. Cuanto mejor sea la planificación, más sólido resultará lo construido, de forma que, aunque mañana haya un reflujo conservador, puedan los países resistirlo hasta que vuelvan sobre sus pasos las fuerzas de la izquierda, para continuar su labor de constructoras de países”.

Como queda patente, el volumen camina desde un inicial planteamiento histórico hasta una proyección de la historia en el futuro. El autor sabe que nada del presente puede comprenderse sin la visión histórica; sabe también que la historia ha de ser un cauce para el desarrollo de los pueblos. En esta sólida base, histórica y política, apoya su análisis personal -a tenor de sus propias ideas- del fenómeno del subdesarrollo latinoamericano, sus causas, sus consecuencias y sus posibles soluciones. Y es de alabar, la objetividad y el juicio positivo con que a lo largo de todo el texto se presenta la secular obra española en aquel continente.

Alberto DE LA HERA

CHIARAMONTE José Carlos - MARICHAL, Carlos – GRANADOS, Aimer (comps.): *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*. Buenos Aires. 2008. Editorial Sudamericana. 378 pp.

El libro que nos convoca en esta reseña trata de los procesos políticos y culturales que contribuyeron a crear la identidad de las naciones latinoamericanas. Una identidad que debía dejar satisfechos a propios y extraños y que comenzaba, entre otras cosas, por la adopción de un nombre. Así mismo, junto al evidente interés histórico del contenido que por sí solo justificaría el libro, también se señala en la introducción que el texto se inscribe dentro de la fructífera gama de publicaciones y actividades con las cuales América Latina conmemora el bicentenario de sus guerras de independencia.

Este trabajo ofrece una descripción valiosa de la construcción del entramado institucional y administrativo de los países latinoamericanos, mediante la confluencia forzada o artificial de una serie de símbolos que se pretendieron comunes entre los paisanos y distintivos para con el resto del mundo. Tal y como se manifiesta con claridad en la introducción, el libro busca ilustrar los procesos históricos y las confrontaciones ideológicas que culminaron con la adopción de los nombres que identifican a las naciones latinoamericanas, en algo que “complementa notablemente el entendimiento del proceso de construcción de los nuevos Estados, especialmente en ámbitos tan importantes como la adopción de un determinado régimen político, delimitación de fronteras, construcción de identidades nacionales y creación del mito de la nación”.

Los 17 artículos que componen esta obra son resultado de la reflexión de José Carlos Chiaramonte sobre el tema, de los cursos dictados sobre él mismo por Carlos Marichal en El Colegio de México y de un coloquio impulsado por Aimer Granados y cristalizado gracias a la organización y financiamiento de la Universidad Autónoma

Metropolitana-Unidad Xochimilco, El Colegio de México y la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

Tomando en cuenta que el libro se interesa en rescatar la búsqueda de un nombre para denominar a los diferentes países latinoamericanos, es evidente que todas las colaboraciones se centren en los pormenores de la conformación de los nuevos Estados ocurrida durante las guerras de independencia del siglo XIX. Sin embargo, también se narran varios detalles valiosos que se remontan siglos atrás. Algunas denominaciones que definen actualmente a los Estados latinoamericanos señalan una continuidad con aquellos que fueron propuestos por los colonizadores y conquistadores. Otros nombres tienen la intención de marcar simbólicamente una ruptura con el pasado colonial o plasmar el espíritu de un nuevo destino colectivo. Una aportación valiosa del libro es que recupera momentos maravillosos sobre las luchas de los recién nacidos pueblos latinoamericanos, marcados por la intención de superar o desprenderse de una historia que les pesaba cual lastre o por plantearse un futuro promisorio y, como no podía ser de otra forma, en tensión entre la modernidad y la tradición.

José Carlos Chiaramonte afirma en su colaboración sobre Argentina que el tema supone el estudio de los mitos de origen que en el siglo XIX mezclaron los ideales del romanticismo y del nacionalismo. En esa misma línea nos recuerda Rafael Rojas en su trabajo sobre Cuba, que la idea de patria era criolla mientras la idea de nación era moderna. El resultado de esta tensión fue, en algunos casos, la reivindicación criolla del pasado precolombino e indígena o, en otros, la fusión de estructuras coloniales con ideales republicanos o federalistas. El libro deja ver cómo estos fenómenos contradictorios, el romanticismo y la modernidad nacionalista, así como las diferencias raciales y las reivindicaciones culturales de la historia latinoamericana, están presentes en los nombres con los que ahora conocemos a los países de la región.

Los trabajos de Ana Frega sobre Uruguay, Pablo Buchbinder sobre Paraguay, Jesús A. Cosamalón Aguilar sobre Perú y Guy Pierre sobre Haití, apuntan precisamente hacia el intento de plasmar en la denominación una imagen que reivindicara a los pueblos que habitaron y nombraron originalmente la región que hoy les da cabida a esos países. Igualmente se pretendía resaltar la gloria de un pasado que debía recuperarse para plantarse hacia el futuro, como se señala en los trabajos de Dorothy Tanck de Estrada y Alfredo Ávila sobre México.

El libro rescata los pasajes de conflicto que acompañaron a la denominación del Nuevo Mundo, como en el caso de José Murilo de Carvalho, quien nos recuerda que el Brasil le debe el nombre a la madera que hizo próspera a la región, a pesar de las resistencias de la Iglesia por abandonar los nombres de contenido religioso que lo identificaron desde la colonia. También se narra, como en el caso de Colombia (Aimer Granados) y Bolivia (Ester Aillón Soria), que dichos países deben su nombre a los neologismos que provienen de Cristóbal Colón y Simón Bolívar respectivamente. Otras denominaciones serán un convencionalismo como Ecuador (Ana Buriano), un dato cartográfico como Venezuela (Dora Dávila Mendoza) o, como en el caso de Chile (Rafael Sagredo Baeza) un nombre que pasó de tener “una connotación negativa” a designar una tierra imaginada como el edén. De igual forma los artículos de Margarita Silva Hernández sobre Centroamérica, Pedro L. San Miguel sobre la

República Dominicana y Laura Náter y Mabel Rodríguez Centeno sobre Puerto Rico, dan cuenta de los pormenores que todavía persisten en los países de América Latina no sólo por autonombrarse, sino también por definir un presente que parezca propio y no una imposición de “los otros”.

La primera curiosidad que satisface el libro es confirmar que los significados de los vocablos precolombinos que hoy identifican a nuestros países han despertado controversias desde las crónicas coloniales que aun no quedan satisfechas. Chile puede significar “muy frío” en voz quichua, Uruguay puede ser una palabra compuesta para designar “río de caracoles” o “cola del pájaro urú”, entre otros, y Paraguay significar “río de plumas”. Y, aunque el giro lingüístico post-Saussure haya confirmado que los nombres son un mero convencionalismo, persiste la necesidad de vincular la esencia del país con el significado de su denominación y con el destino del pueblo. Algo que hasta el siglo XIX parecía incuestionable.

La mayor virtud de esta obra es que se aborda de un vistazo la historia de las naciones latinoamericanas a través de las vicisitudes que les dieron el nombre con el cual hoy las conocemos. En sus páginas se recrean los encuentros y desencuentros de los proyectos políticos de las élites, la visión histórico-cultural de los criollos, los ideales de los grupos que lucharon por la emancipación de la metrópoli, la persistencia de la iconografía indígena, el poder del clero, y las ambiciones de riqueza que llevaron a tantos hombres a pisar tierras habitadas pero desconocidas para ellos y que muy pronto quisieron apropiarse. Los capítulos que lo componen son una valiosa aportación para la historia de América Latina, que se recorre amablemente a través de la amenidad que implica indagar sobre el origen de los nombres de esos pueblos y quién o quiénes decidieron adoptarlos.

Luis OCHOA BILBAO
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

CAPDEVILA, Luc – LANGUE, Frédérique (dirs.): *Entre mémoire collective et histoire officielle. L'histoire du temps présent en Amérique Latine*. Rennes. 2009. Presses Universitaires de Rennes. 278 pp.

Manipulado con fines políticos, o enmarcado en un renovado deber de memoria, el pasado reciente constituye un factor que pesa considerablemente en las decisiones y en las interpretaciones de los actores y en la agenda de la sociedad en América Latina. De su empleo por los actores, bien pueden identificarse mecanismos y estrategias destinadas a reorganizar una idea del pasado, a significar recuerdos compartidos, y/o a la construcción de una “historia oficial”. Como bien lo señaló Annette Wieviorka, el siglo pasado fue una “era del testigo”¹, por lo cual, a esta descripción precedente debería incorporarse la irrupción de la memoria y del testimonio como elementos cen-

¹ WIEVIORKA, Annette. *L'ère du témoin*. Paris. Plo. 1998.